

JUAN LARREA: POESÍA Y REVELACIÓN

FRANCISCO JAVIER DíEZ DE REVENGA

Universidad de Murcia

Uno de los personajes más interesantes de toda la época de las vanguardias históricas, compañero de aventuras de Gerardo Diego en su juventud y avanzado en su teoría y práctica poética, es el poeta bilbaíno Juan Larrea, cuya obra recoge ahora, en forma de amplia antología, el hispanista italiano Gabriele Morelli en el volumen que acaba de publicar la Fundación Banco de Santander, en su Colección Obra Fundamental, con el título de *Poesía y revelación*¹.

Señala Morelli, en su amplio estudio preliminar, algunas de las características de la extraña y controvertida personalidad del poeta vasco, que, a pesar de la considerable distancia de más de cien años desde su nacimiento (1895), sigue siendo un caso singular en el panorama de la literatura española, porque, por varias causas, como señala Morelli, ha quedado al margen del interés de sus representantes editoriales y de los lectores en general. Y entre estas razones de olvido señala que, a pesar de que desde sus comienzos creativos gozó de la estima y consideración de algunos de sus compañeros del grupo generacional, en especial de Gerardo Diego, su predisposición a aislarse y su intención de separarse del panorama cultural de la época impidieron la difusión de su obra. Por otro lado, desde su juventud, con solo veinte años, Larrea deja España, se instala en Francia y escribe en francés toda su poesía. Tras la Guerra de España, abandona definitivamente Europa y se refugia en el altiplano andino del lago Titicaca, desde donde pasa a Norteamérica, después a México y finalmente a Córdoba (Argentina), hasta su muerte, en 1980.

Recuerda Morelli la escasa fortuna editorial de su obra poética, reunida en el volumen *Versión celeste*, que se publica por primera vez en Italia en 1969, al cuidado del hispanista italiano Vittorio Bodini. En 1970, aparece en la editorial Barral de

¹ Juan Larrea, *Poesía y revelación*, selección y prólogo de Gabriele Morelli, Madrid, Colección Obra Fundamental, Fundación Banco de Santander, 2009.

Barcelona, al cuidado de Luis Felipe Vivanco. Morelli reconstruye en su estudio preliminar el solitario periplo de Larrea en disonancia con la cultura oficial, y aporta algunos datos biográficos que aclaran la peculiaridad de su experiencia existencial y de su visión estético-filosófica.

Nacido en Bilbao en 1895, Juan Larrea estudió, con Gerardo Diego, en Deusto. Fue Bibliotecario-Archivero y viajó a París, donde permaneció algún tiempo y entró en contacto con los surrealistas. Con César Vallejo, en 1926, fundó *Favorables Paris Poema*. Marchó a América, vivió en México –donde fundó *España Peregrina* y *Cuadernos Americanos*–, en Nueva York y, finalmente, en Córdoba (Argentina), donde muere en 1980. Su poesía fue muy escasa y apenas conocida hasta la publicación de *Versión celeste*, en 1970 (un año antes apareció una edición italiana)², aunque su obra en prosa es de mayor extensión y de gran complejidad. Su obra, aun así, se reduce a pocos volúmenes: *Oscuro dominio* (México, Alcancía, 1934), *Versión celeste* (Barcelona, Barral, 1970), *Orbe* (Barcelona, Seix Barral, 1990), y sólo *Versión celeste* conoce edición crítica³.

De los tres poetas creacionistas españoles, el más peregrino fue Juan Larrea, personaje distante donde los haya y un auténtico desconocido para la poesía española durante muchos años. Ni siquiera, a la hora de clasificar su poesía, se ha llegado a un consenso o a una unanimidad que le haya identificado. Ultraísta, creacionista e incluso surrealista, y como surrealista ha aparecido catalogado por alguno de los estudiosos más importantes del movimiento como Vittorio Bodini⁴. El propio Gerardo Diego fue durante muchos años su mentor y promotor, y tanto se refería a él y tanto luchó por dar a conocer sus poemas, traducidos por él mismo en algunos casos del francés, que se llegó a pensar que Juan Larrea era un invento de Gerardo Diego, incluso un seudónimo suyo para firmar los poemas más atrevidos o más audaces, más vanguardistas o más avanzados. Sólo cuando apareció su fotografía en la *Antología* de Gerardo Diego en 1932, se confirmó que era un personaje real.

Hay otros datos que llaman la atención respecto a Juan Larrea: en primer lugar, esa presencia en la *Antología* de Diego, en 1932. Está establecido, y quedan muy pocas dudas al respecto, que la selección de poetas se hizo entre muchos: la lista, como asegura el propio Gerardo, se elaboró sin duda con una intención selectiva que luego provocó muchas de las críticas más aceradas que la *Antología* habría de reci-

² Juan Larrea, *Versione celeste*, edición de Vittorio Bodini, Torino, Einaudi, 1969. Y *Versión celeste*, edición de Luis Felipe Vivanco, Barcelona, Barral, 1970. También Juan Larrea, *Versión celeste*, edición de Miguel Nieto, Madrid, Cátedra, 1989.

³ *Versión celeste*, edición de Miguel Nieto, citada.

⁴ Vittorio Bodini, *Los poetas surrealistas españoles*, Barcelona, Tusquets, 1971.

bir. La idea de que estaban los poetas del 27 estableciendo un canon parece clara. Y, desde luego, la presencia de Larrea, entre los escogidos, llama poderosamente la atención. Tampoco hay dudas de por qué forma parte de ella Juan Larrea, que en 1932, justamente en la fecha de la *Antología*, dejaría de escribir poesía: se debe a Gerardo Diego, en un último intento de integrar al poeta bilbaíno en los movimientos de innovación que inspiraron a los poetas que habrían de figurar en la *Antología* de 1932. El otro hecho sobresaliente es justamente que en 1932 Larrea dejó de escribir poesía. Por supuesto, en España sería un desconocido, un olvidado, un raro, hasta que Barral, en Barcelona, publica todas sus poesías con el título de *Versión celeste*, pero era ya en 1970.

Larrea, que fue ultraísta solamente en un breve período durante 1919, practicó un creacionismo muy riguroso entre esa fecha y 1924. En 1926, cuando vuelve a París, conoce a los surrealistas, lee sus libros y se entusiasma por el lenguaje del surrealismo, pero no por su filosofía. De esta manera, un nuevo cambio se experimenta en su poesía, ya que, accediendo de una forma más directa a su propia forma de expresión personal, libremente crea un estilo no automático, como quería el surrealismo, no cerebral, como quería el creacionismo, sino comprometido con la angustia metafísica que distinguirá su poesía de las demás expresiones de vanguardia a partir de entonces.

Es difícil, sin embargo, asegurar que Larrea fuese en algún momento ultraísta puro. Los poemas publicados por él en *Grecia*, en 1919, como los titulados «Sed», «Evasión», «Estanque» o «Esfinge», y que luego pasarían a *Versión celeste*, podrían considerarse ultraístas, ya que en ellos advertimos el gusto por las disposiciones caligráficas y por la sorpresa de los juegos de relaciones semánticas insólitas. Pero sus juegos de imágenes y sus alusiones espaciales-geométricas evidencian ya el influjo poderoso de Vicente Huidobro y de los postulados creacionistas. Así, el poema «Sed», *Grecia*, 24 (1919).

Se advierte, además, como gesto muy personal de Juan Larrea un intenso y agudo dramatismo, una clara sensibilización, reñida con la ortodoxia del ultraísmo, pero acorde, sin embargo, con el tono emotivo que preside la poesía creacionista. Otros poemas de este 1919 revelan, además, su asimilación muy personal del dadaísmo, del futurismo y de la concepción cubista de los efectos de plasticidad.

Un segundo estadio de su poesía vendría representado por poemas publicados entrada la década de los veinte, como el titulado «Centenario», aparecido como homenaje a don Luis de Góngora en *Litoral*, y los poemas que figuran en los números de *Favorables Paris Poema*, como el titulado «Razón», número 1 (1926).

Posteriormente, Larrea escribió su obra poética en francés y fue Gerardo Diego quien la tradujo y la dio a conocer en España, tanto en la revista *Carmen* (1928)

como en su *Antología* de 1932, donde incluye nada menos que veinticinco poemas, de ellos dieciséis traducidos del francés. En *Verso y Prosa*, de Murcia, en el número 11 (1928) aparecería, también traducido por Gerardo Diego, su espléndido poema «Longchamps». Los poemas que escribe entonces profundizan agudamente en la introspección, mientras se desarrollan representaciones mentales insólitas. Sus versos responden a una interpretación personal de su dominio de la imagen, aquí elaborada con intensidad metafísica, desprovista del cerebralismo huidobriano.

Respecto a su obra en prosa, Morelli asegura que «constituye una larga hermenéutica introspectiva que explora un territorio sagrado en el que se amalgaman historia e individuo, realidad objetiva y psiquis, y donde lo irracional irrumpe continuamente como saber profético indispensable para el conocimiento de la parte espiritual y oculta del ser. Desde el comienzo, esta aspiración se traduce en el desprendimiento del yo y en la conquista de un territorio neutro en el que la biografía y la historia se confunden, donde el individuo se mezcla con lo colectivo, y el signo de la vida personal deviene cifra premonitoria de un destino ya preconizado y trazado en el tiempo».

El inmenso espacio vital de Juan Larrea, que transcurre entre sus comienzos poéticos y su obra en prosa final, revela un proceso de introspección que Morelli refleja muy bien a través de los numerosos textos recopilados en la antología de la Colección Obra Fundamental, compuesta de los poemas de *Versión celeste*, en edición bilingüe, y una generosa selección de textos ensayísticos, procedentes, sobre todo, de *Orbe*, pero también de la colección de textos *Ángulos de visión*, realizada por Cristóbal Serra en 1979. Tras la lectura de las casi cuatrocientas páginas de esta *Poesía y revelación*, la conclusión no puede ser otra que la que ofrece el propio Morelli al final de su estudio preliminar: «Larrea, poeta y prosista, supera los límites literarios de su obra y propugna una doble quiebra y evasión: de España y del lenguaje. Queda su voluntad de silencio, que ha resistido a los asaltos de amigos y estimadores, un silencio necesario para que el gusano que aprisionaba su ser se metamorfoseara en crisálida y luego, como mariposa o arrebatada Psique, volara hacia la alta morada del espíritu, donde habita el otro yo imaginado y perseguido por el poeta».